

mo la estatua de Polifemo sin un ojo, y que los cambios de la religion y de las opiniones dan impulso á los ánimos y á los gobiernos. Pero si fue escuchado, dígalo la mayoría de los historiadores, atentos á examinar los héroes que son el brazo, no las instituciones que son el corazon de la sociedad; á coger las flores atractivas antes que los frutos útiles; á acomodar la verdad á las bellezas convencionales, antes que á aceptarla como viene, con sus caprichosos desórdenes; á calcular sólo el motor aparente y las aparentes consecuencias, de las intrigas de gabinete, de los ejércitos enviados á las fronteras, de las perpétuas hostilidades emprendidas sin razon, conducidas sin gloria, terminadas sin efecto, y que no prueban otra cosa más que la pertinacia del germen de la discordia en el hombre.

El siglo que ha hecho, descubierto, sentido y pensado tanto, tiene derecho á rehacer la Historia, á juzgar desde su punto de vista peculiar la vida, las acciones y los sentimientos de los siglos precedentes, y á confrontar la historia pasada con la que él mismo hace. Una crítica severa y adoctrinada, pero no rencorosa ni exclusiva, busca la riqueza de un pueblo, no en los palacios de Temístocles y de Lúculo, sino en los talleres y en los campos; su felicidad, no en las leyes escritas, sino en su aplicación y en la parte de bienestar que correspondió á cada uno; examina la condicion privada, la educacion, las artes, el sacerdocio; el grado á que llegó la seguridad pública; el punto hasta donde fueron respetadas las mujeres; la medida en que se extendieron los beneficios; la facilidad mayor ó menor de las comunicaciones; la poca ó mucha armonía entre los gobernantes y gobernados. Podrá haber dado Atenas á la tribuna los mejores oradores, sin que por eso se crea que constituyó el mejor gobierno. Las palabras de libertad, república, monarca, tienen muy diversa significacion en Esparta y en Suiza, en Grecia y en Roma, en Persia y en Inglaterra; ni basta el nombre para que se crea triunfalmente la libertad en Maraton y perdida en Accio y en Filipos. No hay tampoco causas pequeñas de grandes hechos; ni se ha de aceptar el éxito de la guerra como sintoma del mérito moral de un pueblo. ¿Quién cree ya que las cruzadas fuesen promovidas

por la voz de un oscuro ermitaño, la reforma por una disputa entre frailes franciscos y agustinos, ó la independencia de América por los impuestos gravosos? En la guerra que á esta sucedió, sucumbe la Inglaterra y se eleva á desmesurada grandeza; en la de los siete años vence y se arruina: Napoleon dicta soberbiamente la paz en Tilsit, y allí principia su caida.

Debe ser bueno el historiador, no fautor del vicio ó de la tiranía; debe ser amante de su país, del pueblo y de los oprimidos, y tanto que quien no lo sea, es preciso que lo finja. El hombre se aprovecha mas que de otra cosa de la experiencia propia, y se paga de sus propias reflexiones más que de otra alguna; por lo cual el arte consiste en dejarlo reflexionar y juzgar. Hoy la Historia, ocupada en enseñar, pero narrando hechos eminentemente morales, no forma trillados axiomas de vulgar política y de generosidad comun, sino que contemplando á los hombres como hombres, sin consideracion á fama, á condicion ni á patria, pronuncia intrépidas sentencias según el derecho y la verdad.

Prescindiendo del fausto de una dignidad artificial, que hacia confundir el esplendor con la felicidad, la fortuna del éxito con la bondad de la causa, cree deber suyo escribir para beneficio de los mas, para consolidar los lazos de afecto, la laboriosidad y de saber entre la humana familia, y para que con paz, orden y benevolencia camine á su mejora. Ya no se deja arrastrar por los grandes nombres, como el pajarillo que acercándose demasiado á la cascada del Niágara, se ve precipitado en la corriente por el ímpetu del aire; antes bien, revisa muchos fallos, arranca las coronas á celebrados héroes para darlas al mérito mas humilde y más beneficioso. No ocultando la torpeza bajo la majestad, al alabar á Adriano y á Luis el Grande, recuerda á Antínoo y las dragonadas; si admira en los Persas la pureza de costumbres y la primitiva creencia en un Dios, unida á un noble ardor de gloria y de patria; en los griegos la superioridad del saber y de las bellas artes, y en los romanos el vigor de la voluntad, les pregunta qué uso hicieron de sus cualidades. En presencia de aquella elevada moral enmudecen las adulaciones; y antes que tolerar

los enconos de Veleyo á Tiberio, ó la pluma de oro de Giovio, ni aun tolera los ciegos aplausos de Jenofonte á Ciro, de Eusebio á Constantino y de Eginardo á Carlo-Magno. Una vez dijo un rey (1) que la Historia era un testigo, no un adulador, y que el único medio de obligarla al aplauso es hacer el bien: y un gran ministro del mismo país (2) añadía: «Más ó menos, cuando uno se ocupa en negocios públicos, por alto que se halle, viene á ser servidor; pero cuando con seguridad maneja el compás de la reflexion y el buril de la Historia, entonces reina.» Por tanto la Historia, emancipándose de las preocupaciones de los tiempos y de los hombres, no cree que un delito pueda ser útil; condena á quien como Helvecio, legitima todos los actos por la salud pública, y menos cínica que Diógenes, intima á los grandes: *Apartaos para que vea el sol.*

Pero despues que el siglo pasado habia juzgado sin narrar, se quiere en el nuestro narrar sin juzgar; y una escuela fatalista, convirtiendo los tiranos en enviados de Dios ó ministros de la necesidad, pretende petrificar al narrador para que vea los hechos no los hombres, impasible ante el vicio, las virtudes y las catástrofes mas trágicas; considerándolas como necesarias, sin compasion por lo que cae, y sin esperanza respecto de lo que se eleva. Sin embargo, esa misma escuela en la aplicacion indica bastantemente su parcialidad por la justicia y por el progreso, y se aproxima mas de lo que quiere á la escuela verdadera, la cual muestra al hombre libre en su propia degradacion; cree que la verdad política separada de la verdad moral carece de fundamento; escribe la protesta de los individuos y de los pueblos que se sienten árbitros de su voluntad, y secundan, con sus votos á lo ménos, los esfuerzos de quien separa el espíritu de la materia; sigue el progreso al través de los desastres, con el amor con que se siguen los pasos de un amigo en una peligrosa expedicion, y ofrece á la virtud que sucumbe, si otra cosa no puede, la compasion, último decreto de la desventura.

El historiador debe haber meditado la antigüedad tal como ella misma se ha narrado;

(1) Carlos XII.  
(2) Oxenstiern.

porque si pueden sacarse tambien los hechos de las copias, solamente en los originales se descubre aquel colorido que revela una edad, mejor todavía que la misma narracion. Y cuando otra cosa no se consigue, se adquiriria el conocimiento del autor, cuya intrepidez y servilismo, cuyo amor á lo antiguo, y cuyas investigaciones respecto de lo nuevo, indican la naturaleza de los tiempos: hablo de los escritores contemporáneos y originales (1), no de aquellos que, aun cuando escribieron en lenguas clásicas, no hicieron mas que compilar y consignar sus recuerdos. Quien esté ejercitado en el estudio de aquellos, difiere del que se contenta con la lectura de sus extractos, como el que conoce un pueblo por relaciones de viajeros, del que lo ha visitado personalmente; y no hablo solamente de los historiadores, sino tambien de los poetas, de las filósofos, de los artistas, los cuales reflejan sus tiempos como el rio las orillas por entre las cuales pasa. ¿Podrá jactarse nunca de conocer la Grecia quien la vea solo en Maraton y Queronea, sin penetrar en las escuelas á razonar de Dios con Jenófanes y Platon, de la virtud con Sócrates y Zenon, de de cosmogonia con los Pitagóricos, de clemencia con Gorgias, de higiene con Hipócrates; quien no haya recorrido desde los huertos de Epicuro hasta el tonel de Diógenes, desde las cenas de Esparta á los mercados de Corinto, desde el estudio de Fidias á los talleres de Mileto? ¿Y quién mejor que los contemporáneos podrá guiarlo? El obscuro Petronio, el sutil Aristófanes, el sofístico Séneca, el tenebroso Licofronte, el débil Plinio el joven, y Ciceron en las confidencias familiares, esplicarán sus tiempos mejor que los historiadores: el Júpiter Olímpico, los obeliscos de Luxor, las ermitas de los Talapinos completarán la inteligencia de un siglo y de una nacion.

No debe degenerar la duda en escepticismo no basta que un hecho sea antiguo para negarlo, como no se niega la existencia de la estrella Sirio por que brille remota, pues que muchas aserciones de la antigüedad. poco há,

(1) Principalmente Heródoto, Tucídides, Polibio, Tito Libio, César, Jenofonte, la Biblia, Homero, Píndaro, los poemas indios, los libros canónicos, chinos, etc.

objeto de mofa, han sido confirmadas y aclaradas por la ciencia con sus progresos. Sin tradicion no hay historia, ni educacion del género humano, y es preciso aceptarla aunque á veces falte la evidencia matemática, pretendida por Volney, porque aún cuando refiera lo falso, lo modela sobre la naturaleza del hombre y de los tiempos, sacando de los hechos útiles resultados y lecciones para evitar ó inquirir las causas que los produjeron, porque el punto fundamental de la Historia consiste en hacernos conocer lo que nos ha conducido al presente estado social.

Y así como el astrónomo para seguir á los planetas en su fúlgida curva no aguarda á descubrir qué cosa sean materia, espacio y movimiento; ni el físico descansa en sus investigaciones porque una sola palabra, como *gravitacion, electro-magnetismo*, pueda hacer antiguos sus efectos, así el historiador no debe desistir de su empresa porque este unánime ardor de investigaciones prometa inminentes descubrimientos. Es tan profundo como desconsolador el dicho de Gothe, que *que para saber alguna cosa seria preciso saberlas todas*; pero sin dejarse llevar del deseo de una perfeccion absoluta, debe aprovecharse el historiador de las invenciones más recientes; y gozando al pensar cuánto sabrán sus descendientes, hacer que los escritores futuros puedan tomar sus obras como punto de partida, como testimonio del grado á que la ciencia habia llegado en su tiempo.

Pero si quisiese juzgar á los contemporáneos de Licurgo y Barbaroja con las ideas de nuestra época, sin hacer traicion á los sucesos, se la haria á la historia. Convendrá, sí, que tenga las generosas simpatías de nuestro tiempo, y que secunde su noble impulso hácia cuanto favorece la inteligencia y la popularidad; pero cuando considere que cada pueblo, obedeciendo al impulso de la necesidad ó de la curiosidad, sirve al universal progreso del saber y de la civilizacion, encontrará medios de hacer contemporáneos nuestros á los mas antiguos; de impedir que lo frívolo y lo superfluo usurpen su lugar á lo esencial, y sabrá conservar á los acontecimientos narrados el interés que tenían cuando se verificaban.

Debe haber estudiado además su época,

no sólo en los círculos y en las escuelas, perennes fuentes de inhumanas preocupaciones; no solo en los periódicos y en el diluvio de folletos, que destruyen todas las opiniones, sin tener ninguna, sino en sí mismo y en los hombres más sencillos y naturales; no debe haber observado los hechos antiguos y contemporáneos sólo cuando se manifestaron estrepitosamente en las revoluciones, sino que debe haber viato cómo se preparan éstas en las plazas, en las iglesias, en los talleres y en el hogar doméstico. ¿A qué las descripciones de batallas, sospechosas é incompletas para los guerreros, inútiles para los demás? Las prolijas discusiones para averiguar una fecha, un sitio; aquella laboriosa erudicion que cree saberlo todo cuanto todo lo ha leído, y que se dispensa de los propios pensamientos adornándose con los de otros, no sientan bien al historiador que aspira á vivir más en los corazones que en las bibliotecas, y que alzado el edificio, cree deber suyo quitar los andamios erigidos sin atractivo y sin gloria, á fin de que aparezca la belleza, no el gran trabajo que costó.

De la misma manera debe unir la historia estadística, moderna coleccion de cuanto puede reducirse á leyes de proporcion matemática, con la historia política que examina el influjo de una nacion sobre otra, de un individuo sobre todos, de un siglo sobre los siguientes; y finalmente, con la historia filosófica que considera al género humano sometido á una ley, en cuyas relaciones más ó ménos directas se desenvuelven los acontecimientos, porque pareceria absurdo el curso de los rios á quien no conociese el Océano adonde desembocan.

Ahora bien, no habrá quien crea que basta á la Historia la verdad (1), sin la moral ni la belleza. Los grandes historiadores son escritores de primer orden; y aquellos alemanes que acumulando tanta ciencia, quisieran acreditar el desprecio de la forma, muestran no conocer que esta es inseparable del fondo y parte integrante del pensamiento.

La ingenuidad hace preciosas algunas relaciones de contemporáneos, destituidas de todo mérito literario, por parecer aquella el acento

(1) *Historia, quoquo modo scripta, delectat.* PLIN. cap. 8, l. v.

del testimonio verídico; pero en el historiador la rudeza, la oscuridad, la desaliñada expresion son síntomas de confusas ideas y de inexactas investigaciones, así como la claridad prueba ideas precisas y explicaciones justas; y la belleza del estilo, movimiento de ideas y sensaciones, impreso á las palabras y comunicado á la imaginacion de quien lo entiende, supone una armonía de conceptos profundos, de vivas imágenes, de poderosos afectos. Convendría, pues, no perder la flaqueza de la expresion por empeño de manifestarse erudito; asociar la ingenuidad de las crónicas á la tranquila narracion de los fatalistas y á la dramática expresion de los clásicos; abrazar el conjunto sin descuidar los pormenores; no separar la relacion de los hechos, de la poesia, de las costumbres y del pensamiento; obtener la regularidad, pero dejar también alas á la imaginacion; agrupar los accidentes sin confundirlos; unir el variado espectáculo de la vida con el profundo interés metafísico que nos ofrecen las sucesivas revoluciones del espíritu humano; y entre la aridez que se oculta bajo la rotundidad del periodo, y la vanidad que se disfraza con antítesis y falsa concision, fundir en uno la majestad de Libio y de Guicciardini, la sencillez de Villani, la crítica de Niebuhr, la sutileza de Maquiavelo, la inmortal rapidez de Tácito; tomar en fin de Schiller lo apasionado sin sus declamaciones, la doctrina de Muratori sin su trivialidad, la variedad de Müller sin sus divagaciones, el análisis de Guizot sin su aridez.

Quisiera yo, pues, en el historiador, erudicion para ver, exactitud para averiguar, discernimiento para excoger, método para ordenar, imaginacion para describir, justicia para fallar, vista segura para no deslumbrarse por la prosperidad, profundo sentimiento de la verdad, de modo que aún engañándose, aparezca su error como procedente del entendimiento, no del corazon; valor para sacrificar el amor propio y el deseo de adquirir fama y de presentar novedades por medios extraños; y aquella sencillez de estilo que es prenda de sinceridad, y que sin embargo no se separa del triple efecto del arte, ilustrar, pintar, conmovier. Lo quisiera prudente, no frío; constantemente en las indagaciones y en la exposicion, sin mostrar ni impaciencia en el curso de su narracion, ni la

ligereza que hace emprender inconsiderablemente un gran trabajo, seguirlo con negligencia y terminarlo con disgusto. Quisiera que tratase no tanto de hacer que se lea, como de hacer que se piense; de mostrar ménos conocimientos, que juicio; de hacer un libro por el cual fuese querido el autor, y que no se soltase de la mano sin haber concebido una idea más clara y sublime de la mision del hombre sobre la tierra, sin creer profundamente en el reinado de la justicia, y sin sentirse mas capaz de una accion buena ó generosa.

No se dedique, por tanto, á escribir la Historia quien no haya sentido aumentarse los latidos del corazon ante un hecho grande; quien no haya compadecido la maltratada virtud, y experimentado aquella indignacion contra el mal sin la cual no hay amor al bien; quien haya escarnecido leales intenciones, ó hablando ligeramente de lo que es más sagrado al hombre, la familia, la patria, las creencias. Debe el historiador desprenderse cuanto sea posible de su individualidad, y no esponer sus propios sentimientos, alegrías ó tristezas, sino hablar del género humano con universal caridad, exenta de exageracion; gozarse en los triunfos de la causa más justa, pero con sencilla dignidad; padecer con los virtuosos, pero tranquilamente; no pensar en hacer una sátira ni un panegírico; investigar benévola y sinceramente, no escudriñar los errores de un pueblo para deprimir su genio, ni negarlos, deslumbrado por su grandeza. Si un hombre creyendo en el bien y la generosidad, recto de corazon, y digno de habar de los derechos porque cumple con los deberes, emprende la tarea de meditar y narrar la Historia, los accidentes muertos se le reanimarán con un espíritu moral, y descubrirá que cuanto sucede propende á la virtud, fin del universo, aún cuando no siempre visiblemente.

Esta era la idea que de los deberes de un historiador tenía yo ántes, cuando me preparaba á guiar á la juventud de mi patria al través de los siglos, para considerar el camino recorrido por la humanidad. He expuesto ya arriba una rápida muestra de mi obra. Parecerá á algunos que habria debido dividirla por pueblos, como se acostumbra en historias universales de más extension; pero además de que el método

cronológico evita repeticiones á que el otro está perpétuamente condenado para quien considera toda la humanidad unida, son importantísimos en el conjunto muchos hechos que se escapan al estudio aislado de momentos particulares. Por otro lado, de vez en cuando algunos grandes acontecimientos, algunas ideas generales dominan á todo su tiempo, de suerte que gran parte de las naciones se hallan aliadas ó enemigas, del mismo modo que al romperse la cuerda de un arpa se estremecen todas las que pertenecen al mismo acorde. Permítaseme callar las otras muchas razones que me han hecho preferir el método cronológico, persuadido como debe estar el lector de que quien observa un trabajo á la ligera, no puede saberlo juzgar tan á fondo como quien lo ha meditado años enteros con perseverancia. Siendo un hecho que la mente humana ha menester reposo, he dividido mi obra en períodos, y principalmente en lo relativo á la antigüedad, les he dado mayor extension que ningun otro historiador. He querido acumular las ventajas del sistema cronológico y del etnográfico, habiendo podido comprender toda la vida de alguna nacion en los límites de una época sola. No obstante, fiel al método, pero no esclavo, no me he impuesto esos límites hasta el punto de suspender la historia de todos los Estados en el año que señaló la revolucion de uno solo; he tardado el discursar acerca de algunos hasta el momento en que aparecen cooperadores de la comun civilizacion, y he anticipado los tiempos para exponer su agonía y su muerte. Tan lejos está de mí el deseo de atenerme al método grosero de los cronologistas, que en las narraciones no determinan el pasado ó el porvenir sino por el orden de los sucesos, cuando no puede exponerse el conjunto de los hechos históricos sino refiriendo á menudo lo acontecido despues del porvenir que le da sentido é importancia.

Así, pues, he procurado incluir en la relacion el mayor número de particularidades que me ha sido posible respecto á la vida intelectual y moral de un pueblo; para las que requieren un razonamiento á propósito y consideracion especial y unida, he reservado lugar distinto, y me juzgo con libertad para no aducir una por una las razones de esta variacion. Mi

objeto ha sido dar unidad á las ideas: si he faltado á él, condénese.

He examinado, discutiéndolas, las fuentes adonde he acudido; pero he prescindido del fastuoso vicio de llenar la mitad de las páginas con citas. Las mías se refieren lo más frecuentemente á los hechos ó al orden general; me confieso deudor de las reflexiones que pudiera haber tomado de uno ú otro; pero habiendo creido deber mio aprovecharme de lo que han dicho cuantos me precedieron, páreceme haber adquirido dominio sobre lo que he sabido asimilar á mi objeto.

Y precisamente he tomado sobre mí la enorme tarea de narrar así y solo tanta variedad de hechos, porque estoy persuadido de que si mi historia es inferior á otras en algunas de sus partes, tendrá la ventaja de ser observada toda bajo el mismo aspecto, y de conservar aquella unidad de color y de intencion que falta á otras muchas.

He procurado que los italianos pudiesen conocer desde luego las intenciones que acabo de manifestar, deduciéndolas anticipadamente de los escritos que hasta ahora llevo publicados, los cuales, si han dejado mucho que desear bajo el aspecto de lo bello, tengo el consuelo de creer que no han sido indignos del objeto, ni falsos ó vacilantes en los medios. Es preciosa aquella gloria que se tributa á la rectitud de nuestras intenciones; y el que ya se ha conquistado una opinion entre sus conciudadanos, tiene buen cuidado de no desmentirla y de no preparar á sus ancianos dias el oprobio reservado á quien hace traicion á su propio sentimiento, desviándose del sendero trazado con racional conviccion. ¡Así pueda yo repetir sin vergüenza estas palabras, cuando al fin de la obra reasumamos la nueva experiencia obtenida en el viaje, al que nos preparamos con amor, constancia, fé, persuasion y virtud!

Oigo lamentarse generalmente de que los italianos dejan arruinar la lengua y la literatura nacional, aplicándolas nada más que á fines frívolos ó inútiles, á miserables disputas, á cuestiones reducidas, á imitaciones del extranjero; exacerbando con la iracunda sátira ó la desvergonzada elegía los males sociales; acariciando más frecuentemente con corruptoras puerilidades el público letargo, si ya no se conjuran

con las pasiones y la fuerza, para reanimar las inextinguibles chispas de la discordia. El deseo de desmentir esta acusacion, y con el ejemplo animar á otros escritores á fin de que disminuyan sus motivos, me ha servido de no pequeño impulso para consagrar el ingenio, las fatigas y la vida á una obra tan grandiosa como hace mucho tiempo no ha visto la Italia.

¿Ha sido valor ó temeridad? el éxito lo dirá. Lo que sí puedo afirmar es que no he omitido cuidado á fin de que reuna mi obra lo verdadero á lo bello y lo bueno. Con la erudicion he procurado colocarme al nivel de las conquistas que cada dia va haciendo la inteligencia; no me ha ofuscado el odio ni el amor, ni he sido tan candoroso que haya manifestado á todo una imbécil admiracion, ni tan infeliz que mirase todas las cosas con el ánimo desilusionado y afligido. No he vagado tampoco tras de las inexpertas ilusiones de la edad primera, sin que por eso haya consumido sus generosos ardores. Amante de mi patria, sin despreciar á las demas; admirador de lo pasado, sin echarlo de ménos; observador de lo presente, sin disimular sus males y considerando con generosa confianza el porvenir; no llamando aprobacion á la paciencia de la servidumbre, ni experiencia á la duracion del mal, estoy, sin embargo, persuadido de que hay abusos y preocupaciones que importa conservar, á la manera de los desiertos ó las selvas que protejen la independencia de cualquier pueblo.

Respeto las ajenas opiniones sin renunciar á las mías. Sintíendome seguro al decir la verdad, y no despreciando la oposicion legal, aspiro á algo más que al aplauso del momento; he pedido ayuda, consejo é inspiracion; he meditado sobre mí mismo y sobre los hombres en la indispensable palestra de la sociedad y de los viajes y en la laboriosa meditacion de la soledad y de la desventura; he experimentado esa procelosa alternativa de embriagadoras satisfacciones y desconsolador desaliento, que en una gran empresa ponen á inefable prueba la firmeza de la voluntad, y que tanto la reaniman cuando resulta triunfante. Pero es vasto el campo, y tanto que no puede el hombre recorrerlo todo con igual vigor. Sed indulgentes, lectores, cuando sucumba mi debilidad, y lo sereis más fácilmente si sé hacerme amigos en

tre vosotros, y persuadiros de que puedo engañarme en las razones de mis juicios, mas no en el sentimiento que me los dicta.

El historiador es un testigo que declara la verdad de los sucesos con vigorosa imparcialidad y con la buena fé que caracteriza al hombre de honor; pero al mismo tiempo es juez que tiene opiniones propias sobre aquellos hechos, los aprueba ó condena, provoca con las suyas las reflexiones del lector, y lo encamina á esa instruccion moral y social que debe deducirse de cada página de su libro. En este segundo oficio puede engañarse y ser reprobado; pero le servirá siempre de excusa la buena fé que empleó en la libre manifestacion de sus juicios, y el haber distinguido la enunciacion de los acontecimientos positivos de las conjeturas que anticipadamente hizo relativas á ellos.

Sé que el orgullo se irrita contra el que quiere destruir una opinion arraigada y cómoda, y que los intereses juzgan parcial á quien con ellos choca; pero apelaré á los ingenuos y desapasionados, y haré que aun aquel que de mi opinion disienta, confiese que busqué la verdad de buena fé. Por lo demas, he aducido las pruebas de mis asertos, y en caso de haber sido inexacto el contraste, entre ellos y los documentos harán palpable mi exactitud.

Es austero el deber del historiador, y exige que imponga la calma á su corazon, fuera de que la palabra es más persuasiva cuanto más moderada. Pero yo no aspiro á esa impassibilidad, mísera hija de la indolencia ó del miedo, que hace á los individuos indiferentes á la virtud y al delito, á las obras de Dios y á las de los hombres. Como ciudadano creo que puedo exponer los pensamientos de que estoy íntimamente persuadido, y tener el derecho de que sean respetados. Como italiano que me siento, no creo que deba demandar perdon si la Europa, si especialmente la Italia me detienen para hablar de ellas con más calor y complacencia. Como cristiano, someto mis opiniones á quien tiene de lo alto el derecho de juzgar las conciencias. Creo que el amor debe inspirar, así las acciones como el saber, pero que no excluye una opinion firme y con franqueza manifestada; ántes debe desdeñar los débiles juicios, en los cuales con demasiada frecuencia se ahogan

la benevolencia y las convicciones, y que por lo mismo son tan estimados.

¡Ojalá pudiera yo reservar para mí, dice Cantú, todo el tedio y los mortales sinsabores, y no transmitir á mis lectores sino la alegría y el vigor, y aquellas impresiones que muchas veces me hicieron bendecir á los hombres generosos, que con el trabajo y la meditacion manifiestan la sublimidad de nuestro origen! ¡Ojalá pudiese infundir sentimientos de tolerancia,

de compasion y afecto hácia esta gran familia, más débil que malvada, más extraviada de entendimiento que corrompida de corazon, de cuyos errores la Providencia saca razones de salud y verdad, cuyas impurezas son grandemente rescatadas por las tranquilas virtudes que forman el bienestar doméstico, y por los hechos generosos que merecen la admiracion de los contemporáneos y la gratitud de la posteridad!

## SIGNOS CONVENCIONALES

---

El signo—antepuesto á los números quiere decir *hasta*.

Se pospone el signo ? á los nombres y tiempos inciertos.

*a. C.* y *d. C.* indican *antes de Cristo* y *despues de Cristo*.

Por economía de espacio en las indicaciones marginales, se suprimen frecuentemente las vocales.

Las millas son de 60 el grado, y las leguas de 20; las longitudes se computan ordinariamente por el meridiano de Paris.

---